



FRAY FRANCISCO

LIBRO PRIMERO

I

SENTADOS mano á mano la Reina y el cardenal Mendoza platicaban reposadamente en aquel mismo *camarín* de la casa de Juan de Vibero, en que veinte años antes vimos recibir á la entonces princesa de Castilla D.^a Isabel á su futuro esposo el príncipe de Aragón, D. Fernando.

Difficil hubiera sido, sin embargo, reconocer á la linda Princesa que, ruborosa y emocionada, veía entonces por primera vez á su gallardo prometido en aquella grave matrona, envejecida y ajada por los afanes, fatigas y trabajos, más bien que por el peso de los años. Un solo rasgo de

la juvenil Princesa conservaba la madura Reina, como conserva un hermoso día su diafanidad de la mañana en las últimas horas de la tarde: la serena majestad que resplandecía en su frente, como doble y espontáneo reflejo de la pureza de su conciencia y el poderío de su genio.

Fué siempre máxima de aquella Reina sin igual la de que

Rey que quiera reinar,
De trabajar ha;

y con tal actividad, tal ahinco y tan admirable golpe de vista para atinar con el remedio oportuno que cada cosa requería supo ella observar siempre esta su máxima favorita, que la bastaron dos de estos golpes maestros, á los comienzos de su reinado, para imponerse desde luego á la Nobleza y al pueblo con aquella especie de temor reverencial, que fué trocándose poco á poco en el amor y entusiasmo delirante que todos la profesaban.

Un día, cuando la Reina en persona bloqueaba á los portugueses, acorralados ya en Toro, llegó á Tordesillas la noticia de la rebelión de Alonso Maldonado en Segovia,

apoyado por el Obispo y algunos nobles, para apoderarse del Alcázar y la ciudad, que tenía mosén Pedro de Bobadilla, durante la ausencia del verdadero Alcaide y Justicia, que era Andrés de Cabrera.

Sin perder más tiempo que el necesario para disponer una hueste y montar á caballo partió la Reina para Segovia á grandes jornadas, dejando al frente del bloqueo al almirante D. Alonso Enríquez, tío del Rey. Acompañábanla algunos magnates, entre los cuales se contaban el cardenal Mendoza, el Conde de Benavente y la Marquesa de Moya, D.^{na} Beatriz de Bobadilla, mujer del combatido Andrés de Cabrera.

Crítica era, en efecto, la situación de Segovia; el obispo D. Juan de Arias y algunos nobles, indispuestos con Andrés de Cabrera, pretendían suplantar á éste, con ayuda del pueblo, en la tenencia de la ciudad, que tenía él en nombre de la Reina. Mas el traidor Alonso de Maldonado iba mucho más lejos, porque aparentando limitarse al deseo de los otros, maquinaba en secreto entregar la ciudad y la fortaleza á los portugueses, y entregarles también á la tierna princesa D.^{na} Isabel, primogénita y entonces hija única de los Reyes de Cas-

tilla, que durante las turbaciones de la guerra habían dejado sus padres en el Alcázar de Segovia al cuidado de D.^a Mencía de la Torre y algunos otros fieles servidores.

Con este intento introdujo traidoramente su gente en el Alcázar, y aunque logró apoderarse de la mayor parte de la fortaleza, los fieles partidarios de Cabrera se replegaron en un torreón, llevando consigo á la Princesita, y con gran bravura allí resistieron. Apoderóse igualmente Maldonado de dos puertas de la ciudad, la de San Martín y la de Santiago; mas no le fué posible hacer lo mismo con la de San Juan, que quedó por los leales.

Mientras tanto llegaba la Reina, al frente de su hueste, á la vista de Segovia, y alarmando el Obispo envió á su encuentro algunos caballeros con el fin de atemorizarla con la actitud del pueblo, y arrancar por este medio de ella misma la deposición de Cabrera, que él y los suyos tanto anhelaban.

Suplicáronla, pues, los caballeros comisionados dos cosas, dice en su Crónica, Pulgar: «La primera, que no quisiera entrar en la Cibdad por la puerta de Sant Juan, que tenía el mayordomo Andrés de

Cabrera, salvo por una de las puertas que el pueblo había tomado: La otra suplicación fué, que la plogiese mandar al Conde de Benavente é á D.^a Beatriz de Bobadilla, mujer del mayordomo, que no entrasen con ella en la Cibdad, porque el Conde era grande amigo del Mayordomo é de su mujer, é por esta razón era muy sospechoso al pueblo. El qual estaba tan alboratado y escandalizado, que si otra cosa la Reina ficiese, podría seguirsele gran deservicio.»

Caló la Reina, con su perspicacia maravillosa, la intención de los Embajadores, y sin apearse de su cabalgadura ni detenerse apenas, les contestó con gran energía: «Decid vosotros á esos caballeros é cibdadanos de Segovia, que yo soy Reina de Castilla, é esta Cibdad es mía é me la dexó el Rey mi padre, é para entrar en lo mío no son menester leyes ni condiciones algunas de las que ellos me pusieren... Yo entraré en la Cibdad por la puerta que quisiere; y entrarán conmigo el Conde de Benavente, é D.^a Beatriz é todos los otros que entendiere ser cumplidero á mi servicio. Decidles ansimesmo que vengan todos á mí é fagan lo que yo les mandare, como leales súbditos, é se dejen de facer alborotos y escán-

dalos en mi Cibdad, porque dello les puede seguir daño en sus personas é bienes.»

Y diciendo esto con gran entereza, dirigióse á la ciudad y entró en ella por la puerta de San Juan, entre el Conde de Benavente y la Marquesa de Moya, y fuése derecha al Alcázar y penetró en él al frente de su hueste, y tras ella mandó cerrar las puertas.

Reinaba en el interior gran confusión y desorden, apoderadas de una parte las gentes de Cabrera y del resto las de Maldonado, y poseídos todos de tal ceguedad y furor que llegaron á temer los que acompañaban á la Reina algún desacato ó desobediencia á su persona.

Al mismo tiempo el Obispo y los caballeros azuzaban al pueblo para que acudiese en tropel al Alcázar pidiendo á la Reina la deposición de Cabrera, que ellos tanto deseaban, y el pueblo, siempre cándido y juguete de quien le explota, corrió en tropel numerosísimo, gritando furioso contra el Mayordomo y pidiendo con salvajes alidos que le abrieran las puertas, porque querían hablar con la Reina.

Los magnates y capitanes que esto presenciaban desde el adarve, ocultos tras las

almenas, recelaron de lo grave del tumulto, y aconsejando el Cardenal á la Reina, la dijo: «Señora, si dais lugar que algunos de los que allí vienen entren en el Alcázar, de creer es que cometan algún grande insulto en vuestro deservicio é mal de todos los que aquí estamos, porque vienen armados más de furia que de razón. Por ende mandad que se guarden las puertas, porque ninguno dellos pueda entrar.»

Conoció al punto la Reina, por estas razones del Cardenal, el recelo de cuantos la rodeaban, y ordenando á todos permanecer quedos, allí mismo donde estaban, bajó sola al patio del Alcázar y mandó abrir de par en par las puertas: un escudero, sin armas, adelantóse entonces por orden suya y gritó al pueblo: «¡Amigos, la Reina manda que todos entréis cuantos aquí venís!...»

Precipitóse al punto en el patio una avalancha furiosa y alborotada, gritando y amenazando... Mas al encontrarse de repente en medio del patio la majestuosa figura de aquella Reina de veintitrés años, sola, confiada, sin nadie que la defendiese más que la lealtad que en ellos mismos suponía, apaciguóse su furia como por encanto, cesaron sus gritos, descubriéronse todos

y muchos cayeron de rodillas y aun prostrados por el suelo.

Adelantóse entonces la Reina unos pasos hacia ellos, y sin que su voz revelase turbación, ni impaciencia, ni enojo, díjoles serenamente: «Decid agora, vosotros mis vasallos é servidores lo que queréis, porque lo que á vosotros viene bien, aquello es mi servicio é me place que se haga porque es bien común de toda la Cibdad.»

Conmoviéronse todos, y uno que estaba de rodillas, dijo, sin levantarse, en nombre de los demás:

—Señora, lo primero que este pueblo suplica á V. A. es que el mayordomo Andrés de Cabrera no tenga la tenencia de este Alcázar...

Y como fuese á pröseguir en sus demandas, la sagaz Reina le atajó la palabra para impedirselo, diciendo:

—Eso que queréis vosotros, quiero yo; por ende subid luego á esas torres, é á esos muros, é no dexéis ende persona alguna del Mayordomo, ni desotras que me tienen ocupado este Alcázar; el qual quiero yo tener é confiarlo de un mi criado, que guarde la libertad que debe á mí, é á la honra de todos vosotros.

Desbordóse al punto toda aquella muchedumbre por los muros y torreones, satisfecha, halagada, contenta, ebria de entusiasmo y á los gritos de «¡Viva la Reina!» arrojaron fuera lo mismo á las gentes de Cabrera que á las del traidor Maldonado, quedando el Alcázar, en menos de media hora, limpio de todos ellos, y sin más hombres de armas que los de la hueste que la Reina trajo consigo.

Entregó ésta en el acto la Alcaldía del Alcázar y la tenencia de la Ciudad á su contador mayor Gonzalo Chacón, que con ella venía, y trasladóse entonces á su palacio, que estaba próximo á la iglesia de San Martín. Llevaba delante, sentada en su misma hacanea, á la princesita D.^a Isabel, que tenía entonces tres años, y enseñábale por el camino á saludar con la manita al inmenso pueblo que la acompañaba vitoreándola y conversando con ella con aquella familiaridad respetuosa con que hablamos á Dios de tú, sin osar alzar del suelo los ojos.

Al día siguiente mandó hacer información judicial y pública de todos los actos de gobierno de Andrés de Cabrera, y como no se hallase culpa ninguna en ellos, y si alguna pequeña había era de sus oficia-

les y no suya, mandó la Reina restituirle todos sus cargos, haciéndole además nuevas mercedes: la cual sentencia hizo pregonar públicamente al son de clarines, para que todos en Segovia la conociesen y acatasen; *y al oirla, mormorando el Obispo é caballeros é cibdadanos que eran contrarios al Mayordomo, decían mohinos meneando las cabezas.—¡Brava hembra!... ¡Bragas tiene que non faldetas!—E aquesta sentencia corrió toda Castilla.*

En otra ocasión y también por el mismo tiempo, trabáronse de palabra en la antecámara de la Reina, por si habían de sentarse más lejos é más cerca de cierta dama, dos jóvenes ilustres, que fueron D. Fadrique Enríquez, primogénito del Almirante y primo hermano del Rey, y Ramiro Núñez de Guzmán, que era Señor de Toral.

Doña Clara de Alvearnes, mujer de Gonzalo Chacón, y Camarera Mayor entonces, dió parte á la Reina, temerosa de que el caso fuese más lejos, por haber quedado hartamente enconados los ánimos en ambos manebos; y la Reina mandó prudentemente á su maestresala, Garcilaso de la Vega, que tuviese preso en su posada á Ramiro, y á D. Fadrique, en casa de su padre el Almi-

rante; *é que ni de dicho ni de fecho no innovaran el uno contra el otro cosa alguna, porque ella lo mandaría remediar por justicia.*

Don Fadrique, sin embargo, más ligero ó más pagado de sí por su parentesco con el Rey, ausentóse para evitar que le notificasen el mandato de la Reina, dejándose decir que no cumplía á un caballero dejar á la Justicia venganzas que podían tomar los propios puños.

Supo la Reina que D. Fadrique andaba suelto, y no pareciéndole justo entonces tener ella á Ramiro Núñez preso, mandó ponerle en libertad y dióle *seguro de que no recibiría daño ni injuria.* Mas de allí á poco, cabalgando un día en su mula por la plaza de la Villa Ramiro Núñez, fiado en el seguro de la Reina, acercáronsele tres hombres á caballo, enmascarados, y diéronle de palos muy bravamente á nombre de don Fadrique. Supo la Reina el desaguisado media hora después de cometido, y tuvo gran pesar y enojo por el desacato hecho á su seguro, y por el temor de que si los Grandes comenzaban á ventilar entre sí sus querellas prescindiendo de la Justicia, se llegase otra vez al menosprecio de

la autoridad Real de tiempos de Enrique IV.

Resolvió, pues, obrar por sí misma enérgicamente, y en el punto y hora que tuvo la enojosa nueva, montó á caballo sin dar aviso á nadie, salióse sola por la puerta del palacio que daba al campo, y, tomó de allí el camino de Simancas, que era entonces del Almirante, dispuesta á pedirle estrecha cuenta de la conducta y persona de su hijo.

Cuando los Capitanes de la Guardia de la Reina se dieron cuenta de la ausencia de ésta, corrieron en pos de ella para alcanzarla, y uniéronse á ellos, sobresaltado y temeroso, el mismo Almirante, que por acaso se hallaba en Valladolid aquel día: mas tan de prisa caminaba la Reina, que no lograron alcanzarla hasta pasada la puente de Simancas, al pie ya de la fortaleza. La Reina, con faz severa, pero sin que la indignación alterase en lo más mínimo su digna majestad, dijo al Almirante:

—Almirante, dadme luego á D. Fadrique vuestro hijo, para hacer justicia dél, porque quebrantó mi seguro.

El Almirante, que realmente ignoraba el paradero de su hijo, respondió;

—Señora, no le tengo ni sé dónde está. La Reina replicó severamente:

—Pues si no podéis entregar vuestro hijo, entregadme esta fortaleza de Simancas é la fortaleza de Ríoseco.

El Almirante, pesaroso en verdad por la acción de su hijo, contestó humildemente:

—Señora, pláceme de buena voluntad entregaros estas fortalezas, é todas las otras que tengo.

Y en el acto hizo llamar al Alcaide de Simancas y en presencia de la Reina misma, mandóle entregar la fortaleza á quien ella dispusiera. Designó la Reina al capitán Alonso de Fonseca, y dióle orden de apoderarse de la fortaleza y registrarla toda desde el adarve hasta el foso, con el fin de encontrar á D. Fadrique. No le hallaron, sin embargo, y entonces obligó la Reina al Almirante á entregar la fortaleza de Ríoseco á otro de sus Capitanes, y hasta que todo esto no estuvo hecho y ultimado, no se apeó la Reina de su hacanea ni consintió en tornarse á Valladolid.

Al otro día, como se sintiese D.^{na} Isabel indispuesta por el enojo y el cansancio y fatiga de la víspera, permaneció en la cama; y como le preguntasen la Marquesa de

Moya y los físicos de su cámara el quebranto que sentía, contestó:

—Duéleme este cuerpo de los palos que dió ayer D. Fadrique contra mi seguro.

Mientras tanto el Almirante y sus deudos, deseosos de desenojar á la Reina, que les mostraba siempre faz muy airada, determinaron buscar á D. Fadrique por todas partes y entregárselo para que en él hiciese justicia.

Hallóle al fin el Condestable de Castilla, que era hermano de su madre, y llevóle él mismo á la Reina. No osó el desaconsejado mancebo entrar en el camarín de la Reina, y quedóse fuera en la antecámara aguardando. Entró solo el Condestable y dijo á la Reina:

—Señora, yo traigo aquí á mi sobrino D. Fadrique, é le entrego á V. A. para que mande hacer con él lo que por bien tuviere; pero humildemente le suplico que considere que no ha veinte años, é que esta edad no es aún bien capaz para saber el acatamiento é obediencia que se deben á los mandamientos Reales: faga V. A. dél la justicia que quisiere, ó la misericordia que deba.

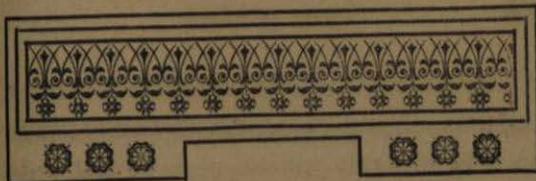
Negóse la Reina á ver á D. Fadrique y

mandó á un su Alcalde de Corte que le llevase preso públicamente por la plaza de la Villa donde se cometió el delito, y le condujese luego á la fortaleza de Arévalo. Túvole allí más de seis meses en estrechas prisiones, sin ver á nadie, y desterróle luego al reino de Sicilia, con prohibición de volver á Castilla sin orden expresa suya.

Ramiro Núñez, por su parte, no se dió por satisfecho con esta justicia de la Reina, y quiso á su vez tomar venganza por su mano en el padre, ya que se le había escapado el hijo. Atacó, pues, una noche al Almirante en Medina del Campo, al salir del palacio de los Reyes, con idea de apalearle, como con él había hecho D. Fadrique. Impidióselo la gente, mas los Reyes procedieron contra él en justicia por esta injuria intentada, embargándole las rentas, castillos y fortalezas que tenía en León y Castilla, y obligándole á refugiarse en Portugal, de donde no osó volver en vida de la Reina.

Maravillábanse los Grandes de la Corte, de las ciudades y las villas, de aquellas justicias tan prontas, tan rectas y tan rigurosas que caían sobre cabezas tan altas, sin que les valiera la impremeditación de los

pocos años, y escarmentados y precavidos, decíanse á la oreja cosas muy temerosas que engendraron, mucho más tarde, aquel prudentísimo proverbio corriente después en Castilla: «*Al Rey y á la Inquisición... ¡Chilón!*»



II

AQUELLA gran Reina, la más poderosa de su tiempo, pues que con la toma de Granada quedaba dueña de la España entera, y surcaban en aquel momento los mares sus carabelas para unir un nuevo mundo á su corona, hallábase, sin embargo, en un conflicto, y éste era el que provocaba la grave plática que con el cardenal Mendoza sostenía.

El conflicto, sin embargo, hubiese hecho reir á cualquiera de nuestros políticos modernos: mas preocupaba hondamente á aquellos dos serios personajes, tan justamente famosos en la Historia.

La Reina se hallaba sin confesor y suplicaba al Cardenal que le buscase uno. Habíalo sido hasta entonces el santo Fray Hernando de Talavera, monje Jerónimo: mas nombrado por la misma Reina primer

Arzobispo de Granada, imposible le era ya seguirla en sus correrías, abandonando aquella diócesis nueva, aun no del todo constituida, y frescas en ella las bochornosas huellas del islamismo y de los numerosos judaizantes.

Un solo rasgo nos pintará muy al vivo á la Reina como penitente y como confesor á Talavera.

Era costumbre inmemorial de los Reyes de Castilla, confesarse arrodillados en un ancho reclinatorio: arrodillábase también el confesor á su lado, y en esta forma confesaban sus pecados y recibían la absolución. La primera vez que fué Fray Hernando á confesar á la Reina, sentóse en un banco que había al lado del reclinatorio. La Reina creyéndolo distracción ó ignorancia del ceremonial de costumbre, le dijo:

—Vos, Padre, aquí á mi lado: entramos hemos de estar de rodillas.

Respondió el nuevo confesor:

—No, Señora, sino yo he de estar sentado y V. A. de rodillas: porque éste es el Tribunal de Dios, y V. A. es aquí la pecadora que confiesa sus culpas, é yo, el representante de Dios que va á juzgarlas y perdonarlas.

La Reina obedeció humildemente, y dijo después á la Marquesa de Moya:

—Este es el confesor que yo buscaba.

Sabía esto el cardenal Mendoza, y parecíale por lo mismo harto dificultoso encontrar confesor que satisficiera á la Reina: porque si difícil era hallar penitentes tan humildes como Isabel la Católica, no lo era menos encontrar confesores tan enteros y completos como Fray Hernando de Talavera.

No pareció, sin embargo, vacilar mucho el Cardenal en la solución del problema, y no bien expuso la Reina su demanda, un nombre acudió al punto á su memoria, y pronunciáronlo sin titubear sus labios; el de Fray Francisco Ximénez de Cisneros. No era este nombre desconocido para la Reina, pues había llegado muchas veces á sus oídos, unido á la fama del saber y santidad de que gozaba el franciscano, á la sazón Prior del convento de Nuestra Señora de la Salceda, cerca de Toledo.

Aprobó la Reina la propuesta, y mucho más cuando el Cardenal hizo el elogio de las virtudes y el saber, la capacidad y la austera rectitud del franciscano para los negocios, que tenía él tan bien conocidas.

Mas quiso antes la Reina conocer á Fray Francisco y mandó al Prelado que viese la manera de traerle á Palacio para que ella pudiese verle y hablarle. Parecióle esto difícil al Cardenal y harto arriesgado; porque

—Si el Fraile—decía—adivina, con su gran perspicacia, de lo que se trata, horrorizarse ha, y habrá medio de impedirlo.

Comenzaron entonces ambos personajes á combinar entre sí el modo de atraer á Fray Francisco á Palacio sin infundirle recelos, y hacíanlo con tal ahinco, prudencia y cautela, que no parecía sino que adivinaban la inmensa trascendencia que en el porvenir había de tener este paso.

Tenía el Cardenal, como Gran Canciller del Reino—cargo entonces anejo al Arzobispado de Toledo—una cámara en Palacio, donde despachaba todos aquellos asuntos en que intervenía directamente la Reina: solía D.^a Isabel acudir con frecuencia á esta cámara, y en ella era donde estaba aquella famosa silla que llamaban todos en Palacio *la silla del Cardenal*, porque era la más cómoda para él y donde siempre le hacía sentar la Reina en su presencia. Pues en esta cámara fué donde por prime-

ra vez viéronse y hablarónse la Reina y Fray Francisco, como resultado final de la inocente y sencilla trama que aquélla y el Cardenal urdieron.

Escribió éste á Fray Francisco mandándole venir á Valladolid para consultarle, como canonista, sobre unos Breves muy importantes que de Roma habían llegado; y el buen fraile, deseoso de complacer á su amigo y de servir á su Prelado, púsose al punto en camino, á pie, descalzo, pidiendo limosna y acompañado de un lego, como era costumbre de los mendicantes.

Recibióle el Cardenal en su posada con gran alborozo, y manifestóle sin pérdida de tiempo que preciso les sería trasladarse á Palacio para examinar los Breves, porque allí los tenía encerrados en su despacho. Avínose dócilmente Fray Francisco, sin sospechar, ni remotamente el lazo, que le tendían, y fijóse para la hora de la visita, aquella en que fuese menor en las cuadras de Palacio la afluencia de cortesanos.

Contaba ya el Cardenal más de setenta años y comenzaba á declinar su vigorosa naturaleza: mas llevaba aún con severa majestad sus rozagantes ropas de púrpura, ricas, atildadas, casi elegantes, que le hu-

bieran hecho parecer hoy un Prelado romano, si cierto airecillo marcial que resplandecía en toda su persona, no hubiese denunciado sus aficiones guerreras de otros tiempos.

Sus cabellos blancos se escapaban por debajo de su birrete de grana, y sus modales corteses, afables y cariñosos, infundían á todos veneración, respeto y confianza. Á su derecha marchaba Fray Francisco, humilde sin bajeza, modesto sin cortedad, demostrando en su severo continente, no el desdén, sino la santa indiferencia con que miraban por primera vez sus ojos la pompa y el aparato del Palacio de sus Reyes.

Tenía entonces Fray Francisco cincuenta y cinco años y era de estatura elevadísima, seco y enjuto como su madre, de quien era, en lo físico y en lo moral, acabadísimo retrato. Las penitencias, las maceraciones y las inclemencias del clima, en el tiempo en que vivió al aire libre en los desiertos del Castañar y Salceda, habíale dado cierto color negruzco, que hacía resaltar la blancura de sus cabellos, muy espesos y rapados en forma de cerquillo. Llevaba los pies descalzos, la cabeza desnuda y el pardo y burdo

hábito ceñido á la cintura con el toscó cordel de los religiosos de su Orden.

Al cruzar las galerías y salones de Palacio, inclinábanse todas las cabezas ante aquella extraña pareja, que representaba dos aspectos muy distintos, pero igualmente santos y necesarios en la Iglesia de Dios.

El Cardenal, vestido de púrpura y seda, era el *Príncipe de la Iglesia*, encargado de representar el decoro, la esplendidez y magnificencia que exige tan noble y santa Madre; el franciscano, con los pies descalzos y revestido de áspero sayal, era el soldado de Cristo, encargado de predicar con la palabra y con el ejemplo el desprecio de los bienes temporales, que si no apartan de suyo de los eternos, los alejan al menos y los relega la insubstancial ceguera humana á segundo y aun á último término.

Al entrar en la galería donde estaba la cámara del Cardenal, vieron un pajecito de la Reina que apostado á la puerta huía apresuradamente por el otro extremo, al verlos. Sonrióse el Cardenal adivinando que aquel paje estaba allí en acecho para avisar la llegada de Fray Francisco á la Reina, y

para apartar de éste todo recelo, distrayéndole, díjole que el tal pajecito era hijo de aquel navegante genovés, llamado Cristóbal Colón, que había salido meses antes del Puerto de Palos en busca de un nuevo mundo, y que al partir el padre para tan atrevido y dudoso viaje, había tomado la Reina á su servicio al hijo y héchose cargo de su educación y mantenimiento.

Tenía, en efecto, el Cardenal gran empeño en saber la opinión de Fray Francisco sobre aquellos Breves de Roma, que le sirvieron de pretexto para llamarle á Valladolid; mas no bien habían comenzado á examinarlos, sonaron dos golpecitos en una mampara de cuero morisco que en el fondo de la cámara había, y entró el pajecito fugitivo, Fernando Colón, preguntando respetuosamente si la Marquesa de Moya podría dar al Cardenal un recado de grande urgencia.

Levantóse vivamente éste, sospechando lo que podría ser aquello, y abierta entonces la mampara de par en par, entró una señora alta, gruesa, muy morena, de aspecto y modales varoniles y bozo abundante en el labio: vestía toda de terciopelo negro con alguna rica joya, y tras ella,

vestida modestamente y cual si fuese su acompañante, entró la misma Reina.

Comprendió al punto el Cardenal que ésta quería ver y hablar á Fray Francisco sin darse á conocer, y saludó por eso primero á D.^a Beatriz, haciendo á la Reina, por todo acatamiento, una ligera reverencia. Mas Fray Francisco, como si alguien le hubiese dicho al oído que estaba en presencia de su soberana, acercóse respetuosamente á ella y con una rodilla en tierra, la besó la mano.

Hízose atrás la Reina sorprendida y contrariada; mas viendo ya con esto roto su incógnito, besó á Fray Francisco, con gran reverencia, el cordón de su hábito, y dijo riendo á la Marquesa:

—Cierto que el moro Benjuc no tuvo tan buen olfato...

Aludía, sin duda, la Reina al trágico episodio del cerco de Málaga, cuando el moro Benjuc estuvo á pique de asesinar á la Marquesa de Moya tomándola por la Reina, lo cual cuenta así el buen Cura de los Palacios:

«E entre estos moros que así tomaron, hubo uno dicho Benjuc, que teniéndolo el Marqués de Cádiz preso, dijo:

»—Señor, llévame al Rey é yo le daré orden como tomé á Málaga.

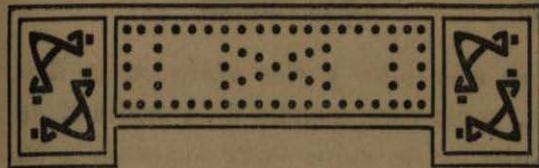
»Y lleváronle así al Rey, é cuando llegaron á las tiendas con él, el Rey é la Reina estaban retirados, é entraron con él en una tienda, donde estaban D. Alvaro de Portugal, hermano del Duque de Braganza, é la señora de Bobadilla, marquesa de Moya, é como vido que les facían todos mucho acatamiento, como no entendía la lengua castellana, demandó un jarro de agua, para dar lugar á su brazo á alzar el albornoz, é entonces sacó el alfange por debajo, é comenzó á dar de cuchilladas á D. Alvaro é á la Marquesa, que estaban jugando tablas, pensando que eran el Rey é la Reina, é firió muy mal al dicho señor D. Alvaro de una cuchillada por la cara é la cabeza. E la Marquesa como aquello vido, se dejó caer de bruces, é cortóle de ciertas cuchilladas la ropa, empero no la firió, y si no fuera porque cada vez topaba con el alfange arriba en la tienda, no hay duda sino que los matara.

»E entonces Martín de Lucena, asturiano, que estaba allí, y Luis Amar de León, adalid del Marqués de Cádiz, é Tristán de Rivera, que había ido con él, diéronle tan-

tas cuchilladas que le hicieron pedazos, é el Rey é la Reina que salieron al alboroto y se hicieron maravillados de tal hazaña, y no quisieran que le hubieran muerto; é después echáronle así por un trabuco de la ciudad; é los moros desque aquello vieron, mataron un christiano gallego, que habían cautivado en Vélez, cuando el Rey tomó los arrabales, é cargáronle encima de un pollino, é echáronle por una puerta fuera, é así lo tornaron en el Real de los christianos.

»E esto hicieron en pago del otro que les enviaron con el trabuco.»





III

QUEDÓ tan satisfecha la Reina de aquella su primera entrevista con Fray Francisco, corta y ante testigos, pero bastante para poner de relieve alguna de sus cualidades, que citóle para el día siguiente en su camarín, á primera hora de la mañana.

Á solas entonces el Confesor elegido y la futura penitente, dieron rienda suelta á la expansión de sus almas, y quedaron satisfechísimos ambos, encontrando cada cual en cada uno las mismas ideas, los mismos sentimientos, las mismas elevadas miras y los mismos fervientes anhelos de llevar á la práctica cuanto sentían y pensaban, para bien general del Reino; todo ello en ambos igual en su esencia, pero más áspero y más duro en el Franciscano, como era natural á su personalidad mascu-

lina; más dulce y más suave en la Reina, como correspondía á su cualidad de mujer, y de mujer muy superior á su época.

Hubo, sin embargo, un punto en que coincidieron más que en otro alguno los anhelos de la Reina y los deseos del fraile, y hasta se hubiera dicho que celebraban un convenio tácito de ayudarse mutuamente en la consecución de la empresa: tal fué la reforma del clero regular y secular en toda España.

Una hora larga duraba ya la substanciosa plática, cuando la interrumpió la Reina de repente, pidiendo á quemarropa á Fray Francisco, que pues tanto sabía y tan cuerdo pensaba, *le pluguiese por caridad ser su confesor, su consejero y su guía...*

Horrorizóse Fray Francisco, como el Cardenal había profetizado, y más que el horror, la sorpresa paralizó su lengua, impidiéndole negarse desde luego rotundamente. Hízolo al cabo, alegando razones desatinadas que á su humildad parecían evidentes, pero que en nada convencieron á la Reina, y con tal ahinco insistió ésta y tales razones adujo por su parte, y con tal delicadeza sacó á relucir la obediencia que

á su Prelado y á ella misma debía, que, vencido al fin Fray Francisco, consintió en ello, poniendo humildemente, sin embargo, estas condiciones:

«Que no había de asistir en la Corte, sino en el convento más cercano, y que en el caso de ir á Palacio, había de ir siempre á pie y solamente con su compañero.

»Que por confesor no se le había de señalar ración alguna para mantenerse, sino que para este fin había de permitírsele, donde no hubiere convento de su Orden, que pidiese limosna de puerta en puerta, según prescribían sus reglas.»

Prometióselo la Reina gozosa y profundamente edificada, y puesto que ya le había abierto su gran corazón de Reina, quiso abrirle también su no menos grande corazón de madre, hablándole de sus hijos, *sus ángeles*, como les llamaba siempre, jardín de sus delicias y paraíso de sus deleites hasta entonces, y que habían de ser, andando el tiempo, manantial de cruélísimas penas y triste causa que precipitara su muerte.

Su hija mayor, la infanta D.^a Isabel, proporcionábala ya la inmensa pena de verla viuda é inconsolable, á los ocho meses de

casada; los otros cuatro se educaban entonces á su vista, y esto, que era el único recreo de su vida y el solo descanso en sus trabajos, era, al mismo tiempo, su preocupación constante.

Eran ellos: el príncipe D. Juan, gloria y legítimo orgullo y esperanza de sus padres, que tan presto había de desaparecer, y que contaba entonces catorce años; seguíanle: la infanta D.^a Juana, de doce, tan parecida en el rostro á su abuela paterna D.^a Juana Enríquez, que la Reina solía llamarla, por donaire, *mi suegra*; la infanta D.^a María, de diez, única feliz de la familia, que fué Reina de Portugal y madre de la emperatriz D.^a Isabel, esposa de Carlos V, y la infanta D.^a Catalina, la más pequeña y la más desgraciada de todas, que contaba entonces siete años, y había de ser reina de Inglaterra y víctima de su odioso marido, Enrique VIII.

Era la hora en que los Infantes solían dar sus lecciones, y deseosa la Reina de hacer á Fray Francisco alguna distinción cariñosa que expresase su agradecimiento, invitóle á ver á sus hijos en la intimidad, honor que rara vez dispensaba y á muy pocas personas concedía.

Llevóle entonces ella misma por un estrecho corredor que ponía en comunicación sus habitaciones con las de sus hijos y le permitía visitarlos á todas horas, sin necesidad de atravesar las galerías y salones, llenos siempre de cortesanos, guardias y curiosos.

Había, como á la mitad del corredor, una puerta abierta, á medio cubrir por dentro con un rico tapiz, y á ella se acercó la Reina de puntillas, haciendo mudas señas á Fray Francisco de que mirase por la abertura. Hízolo así el franciscano, y una dulce y complacida sonrisa se dibujó en su austera fisonomía.

Tenía ante la vista lo que llamaríamos hoy una *una sala de labor*, muy amplia y regiamente decorada; colgaban de las paredes paños de brocado azul celeste, color favorito de la Reina, y veíase en el fondo el estrado indispensable entonces en toda habitación regia, y que el afán de imitar todo lo que nos supera, introdujo después en los palacios de los Grandes y se vieron más tarde en todas las casas de la Nobleza. Sobre el estrado había un gran bastidor, sobre poco más ó menos como los que se usan hoy, en el cual bordaba, á la sazón,

la Reina, con oro y sedas de colores, un rico ornamento que dedicaba á la nueva Catedral de Granada, y que en ella se conserva.

Era el bastidor muy largo y bordaban en él tres personas al mismo tiempo: en medio bordaba la Reina, y veíase entonces su sitial vacío; á la izquierda hacíalo, con grande afán y cuidado, D.^a Mencía de la Torre, y á la derecha bordaba también una niña de doce años, flaca y rubia, que era la infanta D.^a Juana; una dueña vieja, maestra de bordar, guiaba su poco experta aguja, y otra dueña de las de su servicio, sentada en un almohadón, la escogía las sedas y le enhebraba las agujas.

En el otro extremo del estrado la infanta D.^a María y una dama muy joven y muy bella cosían en sendas almohadillas piezas de ropa blanca, y otra dueña muy vieja enseñaba á la tierna infanta D.^a Catalina el manejo del huso y de la rueca en una pequeñita construída al efecto.

En medio de todas, y sentada en un escabel, una dama, ya madura, leía en voz alta y acompasada un libro manuscrito con cubiertas de cuero amarillo y cerraduras de latón, que se titulaba *Tercero tratado*

del libro de las mugeres, y que todas escuchaban religiosamente (1).

Era esta señora la célebre D.^a Beatriz Galindo, llamada comúnmente *la Latina*, que había sido maestra de latín de la Reina.

Dejó ésta gozar breves momentos á Fray Francisco de aquel espectáculo, grande en su sencillez, que había de inmortalizar la Historia, y entró al fin en la sala de labor, seguida del franciscano.

Levantáronse todas á su vista, permaneciendo cada cual en su puesto, menos la infanta D.^a Catalina, que tiró la rueca, precipitóse fuera del estrado y vino á colgarse del brial de su madre. Hízola ésta arrodillarse ante Fray Francisco, para que la bendijese, y besarle luego el cordón de su hábito; llamó después, para lo mismo, á las otras dos infantas, D.^a Juana y D.^a María, y como si quisiera lucir ante el franciscano las habilidades de sus hijas, mostróle con

(1) En el inventario de la biblioteca de Isabel la Católica, que se conserva en el Archivo de Simancas, se menciona, con el número 51, un libro que debía ser éste, de la siguiente manera: *Otro libro de pliego entero, de mano, en papel de romance, que se dice «el tercero tratado del libro de las mugeres», que hizo el maestro Fr. Francisco Jiménez, de la Orden de los predicadores; las coberturas de cuero amarillo, con dos cerraduras de latón.*

sencilla satisfacción de madre los cartapacios latinos de éstas, que sobre una mesa de estudio allí se hallaban, corregidos por su maestro, el italiano Alejandro Geraldino; hizo tocar á D.^a Juana en un *claviórgano* un himno religioso, y cantar á D.^a María, acompañándola su hermana, unos villancicos de Juan de la Encina, y hasta la infantita D.^a Catalina recitó en latín el Padrenuestro, el Credo y la salutación angélica, con formalidad tan grave y dicción tan clara y tan pura, que parecía digna de la Princesa que proclamó Luis Vives, más tarde, por la más culta de Europa.

Llevóle luego á ver al que, con tanta más razón que Cornelia á sus hijos, podía ella llamar *su joya*: el príncipe D. Juan.

Había en el mismo corredor, poco más allá del cuarto de las Infantas, una estrecha escalerilla de seis ó siete peldaños, abierta en el mismo muro, y por ella subió la Reina, seguida siempre de Fray Francisco.

Encontráronse entonces en una especie de reducida tribuna, cerrada por una celosía que daba al salón de estudios del Príncipe; desde allí solía presenciar la Reina las lecciones de su hijo cuando no asistía á ellas públicamente.

Sonaban entonces en la sala voces de muchachos, como si riñesen en latín con grandes exclamaciones, y atónito Fray Francisco apresuróse á mirar por la celosía...

Aquello se diferenciaba mucho de la sala de labor de las Infantas: era una gran pieza cuadrada, revestida toda de maderas oscuras; cubrían algunos tableros del maderaje ricos cueros labrados de Córdoba; otros, primorosos mapas, los más adelantados de su época, ó dibujos anatómicos que enseñaban la estructura y mecanismo del cuerpo humano, y leíanse también en algunos máximas morales y religiosas, escritas en latín y en griego. En el testero, y sobre un dosel que lo ocupaba, leíase en grandes caracteres de oro, como si se quisiera indicar que en la carrera del saber es lo primero que debe aprenderse: *Initium sapientiae, timor Domini*.

Cobijaba el dosel dos grandes sitials destinados al Rey y á la Reina cuando asistían á las lecciones de su hijo, que era con harta frecuencia. Á la izquierda de este solio estaba la cátedra del maestro, con gran sillón de baqueta, en que se sentaba durante la lección el maestro, aun en presencia de los Reyes, y á la derecha, la tri-

buna del príncipe D. Juan, especie de pulpillo muy semejante á las sillas de coro que aun nos quedan de aquel tiempo, con elegante doselete tallado, asiento de madera con blando almohadón de paño y pupitre giratorio adosado al mismo asiento, y también ricamente esculpido.

Entre la cátedra del maestro y la tribuna del Príncipe había enfiladas otras cinco tribunillas, iguales á la de éste, aunque no tan altas ni tan ricas, dedicadas á los cinco niños, escogidos por la Reina, que se educaban con el Príncipe, á fin de despertar su emulación y aprovecharse de las ventajas de las educaciones colectivas.

Con igual objeto le había rodeado de seis pajecitos de su edad, de las primeras familias del Reino, que le servían y aprendían juntos, con maestro Bernal, el manejo de las armas y el caballo, los deportes en uso, y, sobre todo, la música, á que siempre fué el Príncipe muy aficionado, como todas sus hermanas.

Tenía también otros cinco pajes de mayor edad que le vigilaban constantemente, sujetos todos á los dos ayos, el comendador de Hornachos, Juan Zapata, primero, y después D. Sancho de Castilla.

Más tarde formóle también su previsión de madre una especie de Consejo, compuesto de los más graves personajes del Reino, donde se proponían, estudiaban y resolvían imaginarios negocios de Estado, verdaderos muchas veces, con el fin de enseñar al Príncipe la difícil práctica del gobierno.

Cuando Fray Francisco, atraído por los gritos, se asomó á la celosía de la tribuna, daba el Príncipe su lección de Humanidades.

Estaba sentado en la cátedra un fraile dominico, de fisonomía inteligente y bondadosa, que era Fray Diego de Deza, maestro entonces de Humanidades del Príncipe y luego Arzobispo de Sevilla. En su tribuna de enfrente se hallaba D. Juan, que contaba entonces quince años y era muy alto para su edad, y bien hecho, pero de constitución débil; su fisonomía, en extremo agradable, hallábase iluminada siempre por esa simpática expresión que llama el pueblo andaluz *ángel*, y más que á su madre, recordaba á su tío, el desgraciado infante D. Alonso, á quien los rebeldes de Ávila proclamaron Rey en vez de Enrique IV.

El cabello, rubio como el de la Reina y muy abundante, llevábalo cortado en forma de flequillo sobre la frente, á la moda del tiempo, y largo hasta los hombros y espaldas por las demás partes. Vestía una ropa larga morada, muy ancha, con flores del mismo color, más obscuro, en relieve, y encima un tabardo sin mangas, de terciopelo negro.

Los otros cinco condiscípulos del Príncipe seguían, como él, la lección atentamente desde sus tribunillas, y era el tema de ella aquel día el análisis crítico de la comedia de Terencio el *Heautontimoroumenos*, el cual hacían de la siguiente curiosa manera.

Repartíanse los papeles de la comedia entre todos los alumnos, y después que cada uno había estudiado en particular el personaje que le correspondía, su carácter propio y las circunstancias en que se encontraba, leíase la comedia públicamente en el aula, cual si fuese una representación, pero sin moverse ninguno de su tribunilla, de pie los que figuraban estar en escena, sentados los demás, y procurando tan sólo dar vida, expresión y verdad á lo que declamaban.

Seguían todos la lectura en ejemplares impresos de Terencio, de la edición hecha en Venecia en 1471, y que la Reina había hecho traer á toda costa, como cuantos libros eran necesarios ó solamente convenientes para la educación del Príncipe.

Después de cada acto hacía Fray Diego de Deza una breve disertación sobre él, haciendo notar las bellezas y marcando los defectos, y durante un cuarto de hora podían después todos los discípulos exponer sus dudas, siempre en latín, ó hacer sus observaciones.

Tenían todos los estudiantes, incluso el príncipe de Asturias, designado otro de entre ellos mismos para corregirles en alta voz durante las lecciones las faltas de prosodia latina que cometieran, cosa harto fácil en los que comienzan á ejercitarse en la hermosa y difícil lengua del Lacio, y daba esto lugar á curiosos episodios infantiles, que ponían de relieve el carácter de los muchachos y el mayor ó menor grado de humildad ó de soberbia que poseían.

Y sucedió aquella mañana que hacía el Príncipe el papel del anciano Chremes, protagonista de la comedia; había estudiado con gran inteligencia y cuidado su ca-

rácter irascible y quejumbroso, y procuraba con grande ahinco y entusiasmo expresarle fielmente en su declamación, preparando poco á poco el efecto de aquel tan famoso verso, siempre aplaudido: *Homo sum; humani nihil a me alienum puto* (1). Y como su mismo entusiasmo le distrajese y embargase, escapósele una falta garrafal de prosodia.

Levantóse al punto su corrector, que era D. García de Toledo, primogénito del Duque de Alba, y con voz atronadora corrigió la falta. Hizo esta interrupción sobre el entusiasmo del Príncipe el efecto de un jarro de agua fría, y con un gesto de impaciencia digno del mismo Chremes, prosiguió declamando sin confesar su error, ni hacer caso de la enmienda.

Enrojeció de cólera D. García hasta el blanco de los ojos; mas sin descomponerse ni dar muestra alguna de enojo, limitóse á recitar la regla en que marcaba la cuantidad de aquella sílaba la gramática acabada de publicar por Antonio de Nebrija, escrita, según se cree, para las damas de palacio.

(1) Soy hombre, y creo que nada humano me es ajeno.

Llamó entonces al orden Fray Diego de Deza al Príncipe, levantando una varica que tenía sobre la mesa, según era costumbre, y éste, haciendo un esfuerzo sobre sí, volvió atrás en su lectura y repitió el período, pronunciando la palabra como don García le había corregido.

Un murmullo de aprobación se levantó entonces en la sala, como aplaudiendo la pronta obediencia del Príncipe y la moderación de D. García. Fué este D. García de Toledo el mismo que murió heroicamente, años después, en la flor de su juventud, peleando contra los moros de Gelves.

Sonrió gozosa la Reina al oír aquel murmullo, y señaló á Fray Francisco el lugar de donde provenía: reparó entonces éste en que había á lo largo de la pared bancos sin respaldo, y sentados en ellos todos los pajes, oficiales y caballeros del cuarto del Príncipe, seguían con avidez las lecciones: reparó también que por la ancha puerta de la sala, abierta de par en par, asomaban racimos de cabezas de hombres de todas edades y condiciones, pero especialmente jóvenes, que con igual ansia y curiosidad oían las lecciones del maestro y las disputas de los discípulos.

La Reina había mandado franquear aquella puerta á todo el que lo solicitaba, deseosa de despertar en los cortesanos primero, y en todos después, el amor y afición á las letras, al saber y á la cultura, de que daba ejemplo ella misma, y que poco á poco iba implantando en el Reino.

Alzó el franciscano las manos juntas al cielo, como en acción de gracias, porque á la vista de aquel espectáculo y á la sombra de aquella mujer extraordinaria, Reina poderosa al mismo tiempo, se le presentó por primera vez como posible el pensamiento que de continuo atormentaba su mente como un hermoso deseo irrealizable, como una bella ilusión que nunca tendría cuerpo, como una dorada quimera fuera del alcance de sus débiles manos:

¡La fundación de la Universidad de Alcalá!...



IV

VOLVIÓ Fray Francisco á su convento de Nuestra Señora de la Salceda, satisfechísimo de la Reina, pesaroso de la carga inmensa que se le venía encima, y tranquilo y confiado, como sucede siempre á los humildes, en que si Dios le había impuesto aquella pesada cruz, Dios también le daría fuerzas y acierto para llevarla.

Y sucedióle en este camino de vuelta una cosa muy singular, que solía referir él mismo muchos años después de acaecida. Acompañábale un hermano lego de su convento, llamado Fray Pedro Sánchez, hombre de ejemplar y austera virtud y de corazón ingenuo y sencillo. Detuviéronse á descansar la hora de siesta en unas eras, cerca de Ajofrín, y como el lego se durmiese profundamente sobre unas gavillas, mientras Fray Francisco rezaba sus horas,